

RESEÑAS

John H. Coatsworth, *Los orígenes del atraso. Nueve ensayos de historia económica de México en los siglos XVIII y XIX*, Alianza Editorial Mexicana, 1990, 264 p. (Colección Raíces y Razones).

El trabajo de Coatsworth reúne ensayos de historia económica publicados anteriormente en revistas y libros en Estados Unidos, Europa y México.

El tema central, sobre el que giran gran parte de los ensayos, es demostrar que el atraso de la economía mexicana se originó en el periodo 1780-1870 que va desde las Reformas borbónicas hasta la Reforma liberal; Coatsworth analiza el papel que desempeñó el estado, a través de sus relaciones con la sociedad civil, en el impulso o freno del desarrollo económico, y paralelamente realiza un análisis de historia económica comparada con los países desarrollados durante el mismo periodo.

El autor plantea que a fines del siglo XVIII la brecha que separaba las economías de la Nueva España y Estados Unidos no era significativa, la productividad per cápita en la Nueva España era alrededor de la mitad que la de Estados Unidos, y el valor de las exportaciones de los dos países era similar. Hacia 1867 el ingreso per cápita de México había caído a poco más de la octava parte del de Estados Unidos y esto, con pequeñas variaciones, se ha mantenido desde entonces.

La explicación del origen del subdesarrollo mexicano, a diferencia de otros historiadores que ven las causas en el colonialismo español, el sistema de tenencia de la tierra y la Iglesia católica, Coatsworth la encuentra en el transporte inadecuado y en una ineficiente organización económica, o sea, geografía y feudalismo durante 1780-1870. El autor se basa en las tendencias de la actividad económica agregada y centra su atención en aquellos trabajos que contribuyen a formular conjeturas sobre los cambios a largo plazo en el ingreso y la productividad. (Borah, Klein, TePaske y otros).

Sin embargo, la utilización de conceptos que definen las categorías de bienestar y productividad provocan confusión en el lector ya que en algunas de sus propuestas se basa en supuestos y "conjeturas adecuadas" que pueden llevar a conclusiones, aunque muy interesantes, susceptibles de ser puestas en duda.

La utilización del producto per cápita como indicador de bienestar “supone” una misma distribución del ingreso para los países que incluye en su análisis. Cabe mencionar que en ese periodo los patrones de acumulación eran totalmente distintos ya que las ganancias del capital en los países desarrollados se quedaban al interior de los mismos países, conformando una estructura económica que permitiría generar la infraestructura para aumentar sus tasas de crecimiento, mientras que en la Nueva España la distribución del ingreso, aun pudiendo tener el mismo patrón de acumulación, se veía afectada por la salida de capitales hacia España.

Por otra parte, cuando el autor afirma que: “Es el producto per cápita y no el total, el que proporciona al economista y al historiador el mejor indicio (si bien imperfecto) de la productividad y por ende, el estado de una economía”, supone el hecho de que la estructura demográfica es la misma en los países comparados; es decir la población económicamente activa tendría la misma proporción dentro de cada país.

Por ejemplo, en la página 32 el autor calcula que entre 1800 y aproximadamente 1860, la producción total de México descendió tan sólo un 5%, aunque en términos per cápita estima “posiblemente hasta un 30%”. Esto implicaría un incremento del 25% en la población para el periodo mencionado, no sin antes olvidar que de 1800 a 1830, “posiblemente” se dio una reducción en la población como consecuencia del proceso de independencia.

Como conclusión, “una conjetura adecuada”, y suponiendo que entre 1800 y 1830 la población no descendió, es de esperarse que el 25% de incremento demográfico se dio tan sólo en 30 años. ¿Esto significa que la productividad del país aumentó grandemente de 1800 a 1830 y en los siguientes años bajó drásticamente?; no hay que olvidar que la estructura demográfica de cada país determina su potencial de producción, mientras un país tenga una mayor proporción de población con capacidad y en edad de trabajar su potencial de producción es mayor que en el caso contrario, en consecuencia, el medir la productividad de un país utilizando el producto per cápita esconde la proporción de los que producen para mantener a los que no producen, lo cual sesga la comparación entre los países objeto del análisis.

Finalmente, se constata en algunas partes del trabajo una falta de claridad en el manejo de las cifras, por ejemplo, en la página 26, donde dice: “La evidencia fiscal de la decadencia, entonces, sólo podría medir la depresión en producción gravable apenas un tercio del PNB. El 50% de un tercio es solamente un 17%. Por lo tanto, para salvar la hipótesis del estancamiento de Klein-TePaske, sólo habría que suponer que el incremento en productividad del sector no gravado de la

economía, gracias a la abolición o atenuación del trabajo forzado indígena, fue suficientemente para compensar esta pérdida en productividad del 17% del sector que pagaba impuestos’.

La anterior conclusión parte en principio de la “conjetura adecuada” (p. 25, nota 10) de que tan sólo una tercera parte de todos los artículos y servicios producidos en el siglo XVII en Nueva España, escapaban a la recaudación de impuestos, conjetura ligada con el supuesto de que si las tendencias del sector que producía artículos gravables eran equivalentes a las tendencias del sector que no pagaba impuestos; curiosamente el análisis de Klein-TePaske abarcaba solamente una tercera parte del 50%, lo que efectivamente da 17%. Sin embargo, el hecho de que existan tendencias equivalentes para ambos sectores no significa necesariamente que participen con la misma proporción a la producción total.

El trabajo de Coastworth arroja una nueva luz sobre los tiempos y las causas, al situar el origen del moderno subdesarrollo mexicano en el periodo conocido como “edad de oro”, con lo cual cuestiona las tesis conocidas al respecto. Su propuesta resulta de gran importancia e interés pues plantea nuevos retos, polémicas y sugiere nuevas líneas de investigación.

MARTHA LOYO.